

¡Elijan hoy! (Cap. 13)

Cuando el lugar habla...

El 19 de noviembre de 1863, en su memorable discurso en Gettysburg, Abraham Lincoln convocó al pueblo estadounidense a continuar la obra inacabada que tenían ante sí: *«Más bien, nos corresponde a nosotros dedicarnos aquí a la gran tarea que nos queda por delante: que de estos muertos honrados tomemos una mayor devoción a esa causa por la cual dieron la última medida completa de devoción; que aquí resolvamos firmemente que estos muertos no habrán muerto en vano; que esta nación, bajo Dios, tendrá un nuevo nacimiento de libertad; y que el gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo, no perecerá de la tierra»*.¹

Los populistas dan a la gente lo que quiere. Los grandes líderes enseñan a la gente lo que debe querer. Como un verdadero líder, milenios antes de Lincoln, Josué se dirigió a toda la congregación de Israel por última vez, recordándole al pueblo su deber y las consecuencias de sus elecciones.

Los dos discursos finales principales de Josué se registran al final del libro. El primero está dirigido a los líderes del pueblo, mientras que el segundo se dirige a toda la nación de Israel. Ambos discursos contienen, naturalmente, elementos similares, ya que tienen el mismo propósito: exhortar a la audiencia a ser fiel a Dios y a mantener la unidad de Su pueblo. Ambos capítulos contienen un resumen histórico introductorio (Josué 23:3-5; 24:2-13) que lleva al llamado a la congregación (Josué 23:6-13; 24:14, 15), pero mientras el primer discurso (capítulo 23) se centra en la distribución de la tierra, el segundo discurso (capítulo 24) se centra en las victorias de Yahveh. Ambos describen las consecuencias de la desobediencia (Josué 23:13, 15, 16; 24:19, 20) y exigen lealtad indivisa a Yahveh. En el primer discurso, sin embargo, la lealtad se expresa en obediencia al Libro de la Ley, mientras que en el segundo se expresa en Servicio a Yahveh. La amenaza de desobediencia en el capítulo 23 se enmarca

como asociación con los pueblos de la tierra, por lo que la amenaza es externa, mientras que en el capítulo 24 la desobediencia se define como adorar a otros dioses que no sean Yahveh, por lo que el desafío es interno y espiritual. En el capítulo 23, el escenario es temporal, la edad avanzada de Josué, mientras que en el capítulo 24 el escenario es geográfico, Siquem.²

Siquem tiene una profunda significación teológica en la historia bíblica. Es el lugar donde Abraham, al llegar a la Tierra Prometida, edificó un altar, marcando el lugar donde Dios le prometió la tierra por primera vez (Génesis 12:7). Ahora, generaciones más tarde, cuando estas promesas se cumplen, los israelitas renuevan su pacto con Dios en Siquem, la misma ubicación de la promesa inicial, resaltando así la continuidad y fidelidad de la palabra de Dios.

Además, Siquem también está vinculado a la narrativa de la familia de Jacob. Después del angustioso incidente que involucró a Dina y a los habitantes locales (Génesis 34), Jacob instruye a su casa para que se deshagan de los dioses extranjeros y se purifiquen, enterrando sus ídolos debajo de la encina en Siquem (Génesis 35:2-4). Este acto de purgar ídolos en Siquem simboliza un retorno al monoteísmo exclusivo y a la renovación espiritual.

En el capítulo final del libro, Josué hace eco del llamado de Jacob, instando a los israelitas a abandonar sus dioses extranjeros y a comprometerse únicamente con el Señor (Josué 24:23). La elección de Siquem como escenario para esta exhortación es profunda. Siendo un lugar ya imbuido de la historia de la promesa divina y la fidelidad pactual, la ubicación de Siquem subraya un llamado a la lealtad indivisa a Dios, rechazando todas las formas de idolatría y politeísmo. La geografía del evento mismo refuerza el tema de la fidelidad pactual y el rechazo de todos los demás dioses, convirtiéndolo en un símbolo de adoración pura y fiel al Señor.

Tú estuviste allí

A través de su discurso profético, en el que cita a Dios usando el pronombre personal «Yo», Josué deja claro este punto: Dios es la figura central en la historia

de Israel, actuando decisivamente para formar y sostener a la nación. Los israelitas no son los actores principales, sino los receptores de las acciones de Dios: «Y yo tomé a vuestro padre Abraham del otro lado del río, y lo traje por toda la tierra de Canaán, y aumenté su descendencia, y le di Isaac.» (Josué 24:3, RVR1960), «le di a Isaac» (versículo 3), «envié a Moisés y a Aarón» (versículo 5), «castigué a Egipto» (versículo 5), «hice» (versículo 5), «os saqué» (versículo 5), «os traje a la tierra» (versículo 8), «los entregué en vuestra mano» (versículo 8), «los destruí delante de vosotros» (versículo 8), «envié tábanos» (versículo 12), «os di [la] tierra» (versículo 13). Su existencia como nación se debe a la gracia de Dios, no al mérito de sus antepasados, quienes no deben ser venerados sino reconocidos como instrumentos de la voluntad de Dios. El asentamiento de los israelitas en la Tierra Prometida debe inspirar gratitud y servicio a Dios.

Josué también demuestra que Dios está activamente involucrado en la historia humana. Él no es una deidad distante o pasiva, sino Uno que desempeña un papel real y significativo en la vida cotidiana de las personas. El repaso profético de la historia de Israel (versículos 2-13) muestra que la historia es realmente *Su historia*. La Biblia no presenta la historia como un ciclo de eventos repetidos, sino como una serie de acciones planificadas y con propósito por parte de Dios. Él guía a la humanidad, especialmente a Israel, desde su estado caído hacia el cumplimiento de Su plan. Dios se revela en la historia y asegura que las generaciones futuras la entiendan correctamente. A través de los profetas, Él proporciona una interpretación inspirada de Sus acciones salvíficas, para que la gente no tenga que depender de su propia comprensión limitada.

El discurso de Josué en Siquem también subraya la continuidad del pacto. Al alternar entre «vosotros» (los oyentes) y «ellos» (los precursores), une a la generación actual con sus antepasados. Mediante este cambio verbal, Josué refuerza la afirmación de Moisés en Deuteronomio 5:3 de que el pacto incluye a todos los presentes. La mayoría de los israelitas en Siquem no habían experimentado el Éxodo, sin embargo, forman parte de la comunidad del pacto. Esto resalta la responsabilidad crucial de cada generación de renovar el pacto y aprender de las lecciones pasadas para evitar repetir errores. Cada generación

debe pasar la antorcha de la fe, manteniendo la relación duradera entre Dios y Su pueblo y asegurando la confianza en la futura guía de Dios.

La idea de solidaridad corporativa revelada en el discurso de Josué al referirse a los antepasados y sus descendientes como una sola entidad es central para el evangelio. El Nuevo Testamento enseña que estábamos «en Cristo» cuando Él murió y resucitó. A través del bautismo, compartimos Su muerte y resurrección (Romanos 6:3-6; Efesios 1:20; 2:6). Jesús es nuestro Sustituto, y Su sacrificio expía nuestros pecados, reconciliándonos con Dios (2 Corintios 5:14, 15, 21). Si estamos en Cristo, las promesas hechas a Abraham son nuestras, haciéndonos «herederos según la promesa» (véase Gálatas 3:16, 29). Podemos acercarnos al Lugar Santísimo a través de la sangre de Jesús, ya que Él es nuestro Sumo Sacerdote (Hebreos 10:19, 20). Los creyentes tienen éxito en vivir una vida cristiana fructífera permaneciendo conectados a Cristo (Juan 15:1—17) e identificándose continuamente con Él. Al tener fe en Cristo, realizamos el principio de «Cristo en vosotros». Esta identificación ocurre al contemplar a Jesús (2 Corintios 3:18), obedecer Su Palabra (1 Juan 3:9) y buscar el poder del Espíritu Santo (Juan 14:17; Romanos 8:9, 11). De esta manera, Cristo vive en nosotros, nuestra «a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria,» (Colosenses 1:27, RVR1960).

¿Qué significaría para nosotros hoy relacionarnos con los pioneros de nuestra fe como Dios esperaba que las futuras generaciones de Israel se relacionaran con sus ancestros fundadores de la nación? ¿Qué diferencia haría en mi vida espiritual personal identificarme más profundamente con el Gran Chasco, el descubrimiento de la importancia del santuario, la comprensión de la importancia del sábado, la carga de la proclamación de los mensajes de los tres ángeles, la importancia crucial del mensaje de salud, y la convicción que surge al presenciar el cumplimiento de las profecías ante nuestros ojos? Quizás, en lugar de disculparnos por los pilares de nuestra identidad, habría muchos más en nuestras congregaciones que dirían: «¡Esta es mi iglesia, esta es mi misión, este es mi mensaje!».

Sirve al Señor con sinceridad y fidelidad

El propósito del llamado de Josué en el capítulo 24 es que los israelitas son libres de elegir a quién servirán en adoración. Los seres humanos fueron creados para adorar a Dios. Si eligen no adorar a Dios, llenarán el lugar que Dios ocuparía en sus vidas con alguien o algo más. La pregunta no es si adorar, sino a quién adorar, como lo expresó David Foster Wallace en un discurso de graduación a la clase de 2005 en Kenyon College:³

No existe tal cosa como no adorar. Todo el mundo adora. La única opción que tenemos es qué adorar. Y la razón convincente para quizás elegir algún tipo de dios o cosa de tipo espiritual para adorar... es que prácticamente cualquier otra cosa que adores te devorará vivo. Si adoras el dinero y las cosas, si ahí es donde encuentras el verdadero significado en la vida, entonces nunca tendrás suficiente, nunca sentirás que tienes suficiente. Es la verdad. Adora tu cuerpo y la belleza y el atractivo sexual y siempre te sentirás feo. Y cuando el tiempo y la edad empiecen a notarse, morirás un millón de muertes antes de que finalmente te lamenten. En cierto nivel, ya sabemos todo esto. Ha sido codificado como mitos, proverbios, clichés, epigramas, parábolas; el esqueleto de cada gran historia. El truco está en mantener la verdad presente en la conciencia diaria.

Adora el poder, y terminarás sintiéndote débil y asustado, y necesitarás cada vez más poder sobre los demás para adormecerte ante tu propio miedo. Adora tu intelecto, ser visto como inteligente, y terminarás sintiéndote estúpido, un fraude, siempre a punto de ser descubierto. Pero lo insidioso de estas formas de adoración no es que sean malvadas o pecaminosas, es que son inconscientes. Son configuraciones predeterminadas.

Josué llama a los israelitas a servir a Dios con sinceridad y fidelidad (Josué 24:14), lo que corresponde a cómo describe más tarde a Dios como santo y celoso (versículo 19). La santidad de Dios lo aparta de toda la creación, haciéndolo único (Éxodo 15:11; 1 Samuel 2:2; Isaías 40:25). La santidad es un atributo clave de Dios, que representa Su naturaleza misteriosa y numinosa. Además, refleja Su bondad perfecta, pureza y libertad del mal. Debido a que Dios es santo, llama a

los seres humanos a ser santos (Levítico 19:2; 1 Pedro 1:15). Para los humanos pecadores, la presencia santa de Dios puede ser abrumadora y peligrosa (Éxodo 33:20). Sin el sacrificio de Jesús, simbolizado por el servicio del santuario, acercarse a Dios sería imposible (Isaías 6:1-5). Así, los creyentes viven bajo la justificación y el juicio de Dios.

Los celos de Dios se revelan en Su nombre (Éxodo 34:14). Estos celos lo distinguen de otros dioses, exigiendo a Israel que abandone todos los ídolos. El término «celos» aquí significa el intenso celo de Dios y Su reivindicación exclusiva sobre Su pueblo. A pesar de las connotaciones negativas de la palabra, los celos de Dios se presentan positivamente en la Biblia. Reflejan Su justa demanda de lealtad indivisa de Su pueblo, similar a un pacto matrimonial (Deuteronomio 32:16, 21; 2 Reyes 19:31; Ezequiel 36:5, 6; Zacarías 1:14, 15; Juan 2:17; 2 Corintios 11:2). Los celos de Dios son centrales en Su carácter, mostrando Su profundo cuidado y deseo por el amor y la lealtad indivisos de Su pueblo. Él quiere lo mejor para Sus seguidores, instándolos a dedicarse por completo a Él y a reflejar Su pureza en sus vidas.

El llamado de Josué a servir a Dios con honestidad y rectitud es particularmente relevante hoy. En un mundo en el que muchos «dioses» competidores buscan reclamar nuestra lealtad y tienden a controlar nuestras prioridades, el llamado a centrarnos en servir a Dios en todo lo que hacemos tiene una aplicación pertinente. Parece que nuestra sociedad nos fuerza a dividir nuestras vidas en muchos compartimentos diferentes: trabajo, familia, aficiones, vida social, y así sucesivamente. La sociedad sugiere que la religión debería ser uno de estos compartimentos e incluso que debería practicarse solo en privado, sin afectar otras áreas de nuestras vidas. Como resultado, nuestra relación con Dios, que debería impregnar cada aspecto de nuestras vidas, es relegada a la esfera de la religión, la cual se ha vuelto tan aislada y privada que, cuando hablamos de Dios en público, fuera de la iglesia, en muchos lugares de este mundo, se nos recibe con el ceño fruncido.

El llamado de Josué a servir al Señor es una súplica para que Dios sea verdaderamente Dios. Los siervos del mundo antiguo no tenían una descripción

de trabajo, sino que debían estar siempre disponibles para su amo en todos los aspectos de la vida. Josué invitó a los israelitas a echar su ancla profundamente en el pasado, donde podían ver la fidelidad del Señor y el cumplimiento de Sus promesas. A la luz del pasado, el futuro era cierto y no podía dudarse porque la palabra de Aquel que nunca olvida Sus promesas es absolutamente digna de confianza. La pregunta, por lo tanto, radica aquí, en el presente. El pasado es inmutable. El futuro está asegurado por las promesas de Dios. La pregunta aquí y ahora es si yo seré parte del futuro que Dios ha prometido. En Su gracia infinita, Dios libró a Israel de la esclavitud, concedió al pueblo una tierra y luego les ofreció la opción de servirle. De la misma manera, nosotros nos enfrentamos a una elección. Aunque los esclavos no podían elegir libremente, a través de Cristo que nos ha hecho libres (Juan 8:36; 1 Pedro 2:16), podemos elegir. «otra vez determina un día: Hoy, diciendo después de tanto tiempo, por medio de David, como se dijo:

Si oyereis hoy su voz,

No endurezcáis vuestros corazones.» (Hebreos 4:7, RVR1960). Confío en que nuestra respuesta será como la de Josué y el antiguo Israel: «Pero yo y mi casa serviremos al Señor». «Y si mal os parece servir a Jehová, escogeos hoy a quién sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres, cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos a Jehová. Entonces el pueblo respondió y dijo: Nunca tal acontezca, que dejemos a Jehová para servir a otros dioses; porque Jehová nuestro Dios es el que nos sacó a nosotros y a nuestros padres de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre; el que ha hecho estas grandes señales, y nos ha guardado por todo el camino por donde hemos andado, y en todos los pueblos por entre los cuales pasamos. Y Jehová arrojó de delante de nosotros a todos los pueblos, y al amorreo que habitaba en la tierra; nosotros, pues, también serviremos a Jehová, porque él es nuestro Dios. Entonces Josué dijo al pueblo: No podréis servir a Jehová, porque él es Dios santo, y Dios celoso; no sufrirá vuestras rebeliones y vuestros pecados. Si dejareis a Jehová y sirviereis a dioses ajenos, él se volverá y os hará mal, y os consumirá, después que os ha hecho bien.

El pueblo entonces dijo a Josué: No, sino que a Jehová serviremos. Y Josué respondió al pueblo: Vosotros sois testigos contra vosotros mismos, de que habéis elegido a Jehová para servirle. Y ellos respondieron: Testigos somos. Quitad, pues, ahora los dioses ajenos que están entre vosotros, e inclinad vuestro corazón a Jehová Dios de Israel. Y el pueblo respondió a Josué: A Jehová nuestro Dios serviremos, y a su voz obedeceremos.» (Josué 24:15-24, RVR1960).

1. Lewis Copeland, Lawrence W. Lamm, Stephen J. McKenna, eds., *The World's Great Speeches* (Mineola, NY: Dover Publications, 1999), 315.

2. Estas diferencias también han sido observadas por otros eruditos. Véase, por ejemplo, Trent C. Butler, *Joshua, Word Biblical Commentary*, vol. 7 (Waco, TX: Word Books, 1983), 265; Richard D. Nelson, *Joshua: A Commentary, The Old Testament Library* (Louisville, KY: John Knox/Westminster Press, 1997), 268, 269.

3. David Foster Wallace, *This Is Water: Some Thoughts, Delivered on a Significant Occasion, About Living a Compassionate Life* (New York: Hachette Book Group, 2009), 102-114.